

TALLER PRIMER AÑO. Segundo Semestre. 1994

el destino

LA ARQUITECTURA, UN ARTE CON UN ENCARGO PRINCIPAL Y PRIMERO

La Arquitectura puede que sea comúnmente concebida como una disciplina artística, teórica, práctica y profesional constituida por una serie de conocimientos que se pueden adquirir a través del estudio o del aprendizaje en los lugares en que se imparte su enseñanza, ni más ni menos como todas las disciplinas artísticas, científicas o profesionales.

Pero esto no nos dice nada de la Arquitectura, ni nos sirve para pensar en ella, y puede llevarnos a creer que ella consiste en un saber ya constituido, como suma de saberes establecidos que sólo sería asunto de ordenar en un programa de estudio bien organizado, con una pedagogía adecuada, y entregarlo a docentes idóneos.

Como en todas las disciplinas importantes, la verdad es otra.

Como en todas las disciplinas artísticas mayores, lo importante no es el saber recibido.

Y en la Arquitectura, que es lo que aquí nos interesa, se suma lo que es su particular desafío, que es su verdadero destino.

El desafío surge del hecho de que la Arquitectura (arquitectura y urbanismo) es un arte con un encargo principal y primero que es muy arduo y que es anterior a los encargos o propuestas particulares o personales que los arquitectos cumplen o tratan de cumplir en sus proyectos de obras y en la ejecución o realización material y en el acabamiento terminado de sus obras que ellos pueden vigilar.

Aunque ocurra que ese encargo puede ser ignorado o dejado de lado por el profesional, él, está siempre ahí.

Ese encargo exige una capacidad de ver, una siempre nueva mirada, un siempre nuevo descubrimiento, y una siempre nueva invención o hallazgo de lo que en el caso de que se trate pueda otra vez volver a atar los hilos y los signos y puntos de referencia del acogimiento y de la potenciación, en sus realidades y posibilidades, de lo que sería 'un habitar humano' en este mundo, en un lugar, en una ciudad o sociedad y cultura, en una historia, en un presente y en una duración o permanencia con vistas a un futuro.

CRITICISMO

El encargo principal y primero de la Arquitectura es propio de la Arquitectura misma, y no es tanto un saber cuanto una disposición y una capacidad para ver y para responder en alguna forma (aquí no hay respuestas "correctas") a una posibilidad posible de lo que podría llamarse el habitar humano.

'Posibilidad posible' (sic) querría decir: posibilidad real..., posibilidad histórica y actual..., posibilidad materializable, realizable y concebible, pero también aceptable y digna de ser deseable, esto es, inscribible en los términos de un deber ser o de unas condiciones y un ideal o realización o cumplimiento de lo humano.

Los desafíos comienzan a aparecer de inmediato.

Desde luego, esto de la posibilidad posible de un habitar humano, así dicho o tenido en mente, es todavía algo muy general o abstracto. Porque el habitar humano en alguna plenitud puede ser de incontables formas, y ya sólo en el más somero registro del habitar humano presente hoy en el planeta, sin necesidad de ir al pasado, vemos que varía hasta lo increíble según las culturas y los lugares en que habitan los pueblos y grupos humanos, y, por cierto, sobre todo en ciertas culturas y regiones tanto de larga como de corta data, según las formas y niveles sociales, y según los medios económicos, generalmente muy desiguales. Cosas todas que, según el caso, el arquitecto o debe respetar o, normalmente, no está en su poder modificar.

Aun en el caso tan frecuente de desigualdades materiales moralmente aberrantes, según las castas o formas de segregación y exclusión y privilegio semejantes a castas, o según las clases sociales existentes en las que las gentes han nacido o en que se las acantona y distingue o se ubican por los medios con que cuentan o no cuentan, por sus oficios, por su trabajo, por su forma de vida, por las remuneraciones que reciben y por la ubicación y situación y carácter de los lugares en que habitan, y también por las subculturas de grupo, dominantes o menores y subordinadas, a que pertenecen o con las que se identifican, y por el poder, y por las persuasiones o convicciones religiosas y de todo tipo, etc., -- el arquitecto en cuanto arquitecto (no gobernante, administrador, poderoso o político) es muy poco lo que puede hacer para que esas desigualdades no se hagan presentes también en el encargo particular que se le hace por unos particulares o unas instituciones o en el proyecto originado sólo por él mismo si él ha de tener posibilidades de ser acogido y realizado por quienes pueden emprenderlo.

Sus observaciones y reclamos en contra de esas situaciones se encontrarán con muros por todas partes. Chocarán con la inconciencia, con la avaricia, con la ignorancia y el desdén. Con la falta de sensibilidad. Con la falta de imaginación. Con la imprevisión. Con el apuro inmediatista y el presentismo vestidos de "aterrizamiento", realismo o lo que sea. Con la inercia. Con la flojera. Con la insolidaridad. Con los prejuicios. Con los temores y los intereses creados no sólo de las gentes que pudieran hacer algo sino de las más encumbradas y autogratificadas instituciones y del poder.

Y se añadirá el problema de que quienes hicieron el encargo o pueden realizar los proyectos propuestos no ven nada como ve el arquitecto ni aceptan la visión del arquitecto, y no les interesa cambiar nada, muy tranquilos con lo habitual, rara vez dispuestos a enfrentar así sea un pequeño costo mayor que el presupuestado de antemano, o a renunciar a condiciones y especificaciones antojadizas arbitrarias, inútiles y perjudiciales, pero en las que ellos ponen su orgullo y hacen residir sus aspiraciones a lo que no debieran aspirar y su apego a unas cosas que no debieran querer y que corresponden al fin precisamente a lo contrario de lo que surge de la búsqueda del arquitecto.

Hasta el sencillo supuesto de que quienes viven en una ciudad están interesados en la ciudad resulta un supuesto muy

imaginario. De hecho, es común que no les interese la ciudad ni la <sup>soledad</sup> soledad en su conjunto, y menos aun recuperar lo que pudiera ser la vida de un barrio o favorecer una vida más en común o compartida, pues sólo quieren su casa, su negocio, su industria, su protección, y los servicios necesarios, cerca o lejos, según sus medios y su gusto.

Entonces, un problema de naturaleza política y moral se suma generalmente al principal y primer encargo que es el desafío de la Arquitectura y que se hace inseparable de la responsabilidad normal del arquitecto hoy en la ciudad. Un problema moral que es espiritual, que es social, que es político, que es filosófico, que es también moral personal, y que es cultural y de formación.

De lo que se trata, entonces, normalmente, es de asumir todo esto serenamente y en unas decisiones, pasos y tiempos propios, con el azar inevitable de unas ambigüedades, contradicciones y transacciones que generalmente es imposible evitar, salvo la genialidad y las luchas heroicas, pero donde lo que importaría siempre defender sería una visión y unas definiciones claras de algunas cosas que aseguraran la no traición o la fidelidad a unos destinos, y mantuvieran abierto, por lo mismo, por delante un porvenir. Pero esto tampoco es lo común, y es arduo.

Esto sería así, lo mismo si se trata de obras que sólo respondan a las más elementales condiciones de un habitar en la mera supervivencia, que si se trata de encargos en las condiciones medias de sobrevivencia o existencia en un determinado medio social más holgado, o si se trata de lo que pudiera acoger un particular estilo de vida o la vida deseada posible o mejor, más allá de esas condiciones medias.

*suavidad*  
Pero, entonces, la Arquitectura, que se diría una de las profesiones o artes liberales más libres o la más libre y sin códigos, resultaría ser comúnmente, en la realidad, una profesión o un arte muy ancilar y en una sumisión particularmente afrentosa, dado lo que sería su tarea principal y primera. Sería, comúnmente, de hecho, zaguera, cortesana, encargada de encargos de toda laya, consintiéndosele a veces sus audacias, espontaneidades y gracias o chistes, con sus aciertos, más que nada sólo por simpática, por 'entretenida', por 'vestidora', o por vanguardista en la onda del último grito de la moda. Aunque esto no sea necesariamente negativo, y aunque todo sea muy distinto y positivo en algunos casos, aquí y allá, en ciertos niveles, cosas, medios, culturas, países.

Se podría argumentar en contra de este cuadro con el hecho de que estos dilemas no son sólo de la Arquitectura. Pero tener conciencia de estas cosas, o no engañarse demasiado sobre el asunto, es importante para el estudiante de Arquitectura desde su primer año de estudio y desde su primera tarea de un proyecto en la ciudad, precisamente porque nada de esto cambia el encargo principal y primero de la Arquitectura, que se sostiene también por la lucha de arquitectos conscientes de ese encargo y que lo han asumido. Y es por lo que, pese a todo, la Arquitectura desafía a los gobiernos, a los administradores, a las

instituciones pùblicas y privadas, a los políticos, a los economistas, a los poderes financieros, a las Universidades y a la gente, y es ella misma un gran desafio, y es un arte marcado por su misma lucha, y es una vocaciòn con una importancia y grandeza indiscutibles.

Lo de hermosa y remunerativa, y la fama, sòlo podria venirle por afortunadura, en la bûsqueda de unos màximos o de unas mayores realizaciones y plenitudes en los modos de acoger y propiciar formas posibles sustentables y anheladas, tradicionales o nuevas, de habitar y de existencia humana.

Es por todo esto que en nuestra Escuela naciente, al plantearnos la Arquitectura desde lo que vaya siendo el descubrimiento de ella por cada uno, màs que desde lo que pudiera ser la transmisiòn de unos saberes por su aprendizaje, a travès de una ensefianza impartida en forma de lecciones y pruebas de conocimientos y destrezas, tambièn es un desafio muy grande para quienes son sus maestros o profesores, arquitectos o no arquitectos. Porque el què de que se trata es múltiple, y lo es el desde què, el desde quiènes y el con què, y el para quiènes y el hacia què, y el por cuànto tiempo, y, desde luego, el dònde y el còmo. Y la palabra no es una sòla, ni el tiempo es uno sòlo, ni la materia es una sòla, ni el espacio es un sòlo, ni el destino es un sòlo, y sobre cada una de las realidades y posibilidades de estas cosas tampoco haya un sòlo saber, y jamàs haya un saber definitivo, aunque siempre el alma humana siga siendo la medida de todas las cosas, porque se trata del habitar, de la vida y de la existencia humana.

Y tampoco la arquitectura ha sido nunca sòlo de profesionales o arquitectos.

Sòlo se puede tratar entonces de la conducciòn de unas tareas que se van encadenando en una persecusiòn de lo que se va descubriendo por cada uno, y en una exposiciòn permanente de lo hecho, a la comparaciòn, a la critica y al diàlogo: donde detràs de la palabra, cualquiera que ella sea, muy conocida o muy nueva, sòlo està y puede estar, en ùltimo tèrmino, el que habla, y lo que èl va viniendo a ser, a saber y a pensar y poder decir o repetir desde su historia, desde su experiencia, desde su dedicaciòn, desde su emociòn y desde su capacidad de ver.

Este es, a mi entender, el punto de partida para comenzar a hablar del destino o de los destinos. Porque al destino tambièn se lo nombrò desde antiguo tambièn en plural: "fatum"... y "fata".